

Ministerio de un Obispo y sentido de la vida

por **Monseñor Ricardo Blázquez**

*Conferencia pronunciada
el 21 de diciembre de 2009*

Forum Deusto

Ministerio de un Obispo y sentido de la vida

Monseñor Ricardo Blázquez
Obispo de Bilbao

1. ¿Qué es el sentido de la vida?

La palabra sentido tiene muchas acepciones en el Diccionario de la Real Academia Española; la acepción séptima es la más pertinente para lo que ahora nos ocupa, a saber, *razón de ser, finalidad*; y cuando se le une la determinación *sentido de la vida* la significación es más clara aún. Sentido de la vida quiere decir meta que orienta a una persona en el itinerario de su existencia; el sentido confiere a la vida unidad e identificación. Las expresiones literariamente autorizadas como «su conducta carecía de sentido» o «su vida, por fin, tenía un rumbo y un sentido» (A. Carpentier) muestran su utilización concreta¹. Ayudan a comprender qué significa la palabra sentido, las comparaciones del camino y del viaje. El viaje y el camino reciben sentido de la meta adonde se propone llegar el caminante y adonde conduce el camino. Si no hubiera meta, no se recorrería propiamente un camino, sino se vagaría de una parte a otra. Algo semejante ocurre con la vida de un hombre: sin finalidad no hay orientación. ¿Por dónde ir si no sabemos a dónde ir? ¿Qué camino emprender si no conocemos la meta? De esta forma la palabra término significa no sólo final sino también acabamiento y perfección. La vida personal es única, preciosa e intransferible, y posee una limitada duración; el hombre, que ha recibido el don de la vida y a quien está encomendada la existencia como una tarea, debe imprimirle libremente un sentido, un rumbo, un norte, una orientación. De la meta valiosa recibe valor recorrer el camino. «Un camino tiene realmente sentido sólo cuando lo tiene la meta»². La aspiración moviliza las fuerzas para el camino; perseguir un fin noble recorriendo el itine-

¹ Cf. *Sentido*, séptima acepción en el Diccionario de la RAE; Gran Enciclopedia Larousse, 11, p. 10039.

² J. Splett, *Sentido*, en: Sacramentum Mundi 6, sol. 294.

rario adecuado dignifica a la persona. La meta ardua y valiosa requiere esfuerzo perseverante para alcanzarla.

Preguntar por el sentido de la vida no se reduce a una cuestión puramente teórica ni abstracta. Plantearse el sentido atañe a la persona que se interroga: ¿Qué significa mi vida?. Y, además, formular esta pregunta, sobre todo si pasa al nivel religioso como hoy en mi caso, afecta a la intimidad de la conciencia, a los resortes últimos de la vida del hombre. Es conocida la aserción «el estilo es el hombre»; pues bien, algo semejante se puede decir sobre el sentido de la vida que atañe a la interioridad de la persona humana, a no ser que queramos escamotear la respuesta y mantenernos en la superficie o en los márgenes de la vida. Proferir abiertamente, como yo ahora, qué relación existe entre el ministerio episcopal que, desde hace 21 años ejerzo, y el sentido de mi vida me exige un acto de confianza en Uds. y a Uds. solicito una escucha personal respetuosa; sólo de esta forma transcurrirá la comunicación en la misma longitud de onda. La charla de esta tarde posee, consiguientemente, un estilo biográfico y testimonial; no me confieso en público, pero sí levanto el velo de mis convicciones personales.

El sentido de mi vida, siendo hondamente personal, no es algo puramente subjetivo que se propone una persona; se trata, más bien, de la coincidencia básica y vital entre el ministerio episcopal, que conocemos por la tradición de la Iglesia que llega hasta nosotros, sin excluir modalidades diferenciadas según las coyunturas históricas y la personalidad de cada obispo, y la persona concreta que ejerce el episcopado. El sentido de la vida en nuestro caso pregunta por los motivos últimos y las aspiraciones supremas que animan la existencia, incluyendo en nuestro caso abiertamente la perspectiva de la fe cristiana; por esto, la comunicación en un marco de mutua confianza es particularmente requerida.

Cada uno de nosotros vamos haciendo «recapitulaciones» provisionales de la vida según las etapas que la marcan, abiertos siempre a la recapitulación última que cierra y consume el recorrido de la existencia. Pues bien, aunque puedan darse según los tramos acentos variados en el sentido de la vida, como la vida es la misma, es el mismo sentido que la anima, la activa y unifica, a no ser que acontezca algo así como una «conversión». Las metas volantes son hitos en el itinerario a la meta final de la carrera. Permítaseme aludir aquí al itinerario apostólico de San Pablo que reflexionó mucho sobre el sentido de su vida a la luz del encuentro con Jesucristo. Las siguientes palabras admirables están tomadas del discurso de despedida de Pablo a los presbíteros reunidos en

Mileto: «Ahora me dirijo a Jerusalén, encadenado por el Espíritu. No sé lo que me pasará allí, salvo que el Espíritu Santo, de ciudad en ciudad, me da testimonio de que me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero a mí no me importa la vida, sino completar mi carrera y consumir el ministerio que recibí del Señor Jesús: Ser testigo del Evangelio de la gracia de Dios» (Act. 20, 22-24). Y en la carta segunda a Timoteo, su discípulo preferido, escribe confidencialmente con no menor grandeza de alma: «Tú sé sobrio en todo, soporta todos los padecimientos, cumple la tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio. Pues yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He luchado el buen combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día» (2 Tim.4, 5-8). Aquí escribe Pablo presintiendo la inminencia de la muerte, en el texto anterior el horizonte es más dilatado.

El sentido de la vida puede ser puesto en interrogación vital por diferentes hechos y situaciones que lo acosan y tienden a negarlo. Recuerdo algunos: Las experiencias de sufrimiento y fracaso amenazan con oscurecer el sentido como luz de la vida; la rutina de la cotidianidad puede convertir en trivial e irrelevante la experiencia inherente al sentido de la vida; la decadencia palpable y la perspectiva concreta de la proximidad de la muerte sitúan a la vida entera del hombre, con el sentido que la ha motivado, ante el límite; cuando lo que da sentido a la propia existencia es difícil de hacer comprensible y de transmitir otros, entonces la pregunta, como rebotada del exterior, por lo acertado de la propia decisión horada al mismo espíritu. Estas pruebas sobre el sentido de la vida pueden herir las fibras más sensibles del corazón, pero son al mismo tiempo emplazamiento y llamada a dar una respuesta más acendrada, más limpia y convencida. Las pruebas padecidas con humildad y superadas con paciencia acrisolan las motivaciones de la persona y hacen más luminoso a los demás el sentido de la vida. Del espíritu personalmente persuadido irradia una llamada persuasiva; y, al contrario, ante la mediocridad se reacciona con indiferencia. Las situaciones penosas del camino verifican la solidez del empeño de los caminantes y ponen a prueba la validez de la meta, hacia la que merece la pena continuar avanzando.

El sentido de la vida, asumido y vivido personalmente por el hombre, resalta con mayor claridad a la sombra de la trivialidad de la existencia. La indefinición de quien no adopta una decisión nítida, la confusión en que se mezclan sin orden ni concierto motivaciones dispares, la veledad de quien vive al dictado de las apetencias instintivas o de las ofertas ve-

nidas del exterior según soplen los vientos, la conducta inconstante y voluble que cambia de orientación a cada instante reflejan una vida donde el norte es borroso y el sentido personal es desvaído.

El sentido de la vida no es pura conquista del hombre; viene a su encuentro solicitando consentimiento, ya que el sentido es la coincidencia vital del yo personal con la historia, en mi caso, con el ministerio episcopal. El sentido de la vida es una oferta que podemos aceptar con confianza arriesgada; o podemos mirarla a distancia desentendiéndonos de ella. Cuando pronunciamos el amén de una decisión a la invitación de vivir con sentido, éste empieza a iluminar y fortalecer la existencia. El sentido de la vida, que no se reduce al correcto cumplimiento de la profesión, ni se identifica con superar de forma más o menos airada los obstáculos diarios, sino que implica a la misma persona en su raíz y ultimidad, es una pregunta en cuya respuesta se deben encontrar el don ofrecido por Dios y la decisión del hombre que recibe ese ofrecimiento y se compromete aceptando el desafío. El sentido vital de un cristiano es la concreción personalizada de las promesas de Dios y del sí del hombre. «Todas las promesas de Dios han alcanzado un sí en Jesucristo; así, por medio de El, decimos amén a la gloria de Dios» (2 Cor. 1, 20). Nuestro amén es la respuesta fiel a Dios en quien se apoya y de cuya solidez y fiabilidad inquebrantables quiere participar³.

¿Qué es el sentido de la vida?. Aquello que orienta como norte y estrella en el camino; aquello a lo que se aspira como objetivo que plenifica; aquello que, a medida que se va viviendo, produce ajuste interior, satisfacción, serenidad y, si no queremos prohibirnos esta palabra, felicidad, compatible con las pruebas y sufrimientos concretos. Cuando alguien vive en la armonía fundamental entre su ser y la vocación, esta coincidencia pacificadora alegra su existencia; no siente envidia de otras personas, ni anhela otros itinerarios; no es presa fácil del aburrimiento o de la ansiedad. Seguir el camino personal da fuerzas en la lucha y confianza en las pruebas. Con certero instinto cristiano y avalado por su intensa experiencia escribió el Hno. Rafael Arnáiz, canonizado el día 11 de octubre de 2009: «Toda nuestra ciencia consiste en saber esperar»⁴. Cada mañana se regenera la ilusión de la vida para prose-

³ cf. J. Splett, a. c. cols. 300-301.

⁴ «La alegría de vivir, para el trapense, consiste en la esperanza cierta del morir..., y cuando contemplamos en el cementerio las cruces que señalan el sitio donde están nuestros hermanos... nos causa gran alegría... Una alegría intensa el saberlos ya en el cielo, y pensar que nosotros algún día estaremos con ellos... Toda nuestra ciencia consiste en saber esperar. ¡Ah!, querido hermano, entonces se siente alegría de vivir... Se

guir en el camino. La existencia vivida en la comunión con Dios donadora de luz, fuerza y sentido, se convierte en testimonio y propuesta a otros, que les merece la pena experimentar.

Cada mañana se regenera la ilusión de la vida para proseguir en el camino. La existencia vivida en la comunión con Dios donadora de luz, fuerza y sentido, se convierte en testimonio y propuesta a otros, que les merece la pena experimentar.

La lengua alemana posee una capacidad singular para enlazar matices del pensamiento cuando su maleabilidad es manejada por buenos pensadores y hábiles concededores de la misma. Por ejemplo, la secuencia de los términos *Wort*, *Antwort* y *Verantwortung*, es decir, palabra, respuesta y responsabilidad, expresan una forma rica de comunicación entre la persona que habla, la que responde y se responsabiliza, entre quien dirige la palabra, aguarda la respuesta y contrae la responsabilidad. La relación interpersonal se expresa con este juego de palabras. Pues bien, a propósito de nuestro tema, J. Splett⁵ resalta la interdependencia objetiva que M. Heidegger, basándose en la etimología de los términos alemanes *Denken*, *Gedenken* y *Dank*, es decir, pensar, recordar y agradecer, estableció. La cuestión sobre el sentido de la vida, dijimos arriba, no es abstracta, ya que afecta hondamente a la persona. Reflexionamos sobre el sentido de la vida, recordando experiencias fundamentales habidas en la historia personal y esta rememoración va unida a la gratitud por el pasado y a la esperanza; de esta forma la memoria se abre al futuro y a una cierta anticipación del mismo. El sentido

es feliz en el esperar, y en el esperar padeciendo... Esperar con fe, con amor, con santa paz... Esa es la única alegría de vivir... arder en el amor a Dios y saber que ese Dios nos espera. ¿Qué más te da padecer o gozar?. ¿No tienes a Dios?... Tú, ¿quién eres?. No te preocupes de ti, pobre criatura, ni sabes padecer, ni puedes gozar... Deja que Dios se apodere de ti, y entonces, tendrás paz... tu corazón estará quieto, puesto en Dios, y tu vida será una espera..., una espera serena, sin impacencias ni temores... Esa es la vida y la única alegría del vivir» (*Obras completas*, Burgos 1988, n. 484, p.432). «Como la única razón de nuestra vida» (ib. n. 485) es Dios, descansar en su voluntad y esperar la comunión plena con El es la fuente inagotable de la alegría y de la paz. Rafael es ejemplo espléndido de un cristiano que ha encontrado en Dios el sentido de su vida. La esperanza, en que ya se anticipa la salvación (cf. encíclica *Spe salvi* 7), otorga confianza constante, laboriosidad, aceptación serena de las lentitudes de la historia de la salvación, paciencia y valor antes las contradicciones de los hombres, lucidez para aprovechar el tiempo oportuno. A propósito de la fe escribió J.H. Newman: «A mi entender, diez mil dificultades no hacen una duda» (*Apología «pro vita sua»*, Madrid 1977, p. 187); de modo semejante podemos decir: Mil obstáculos no minan la esperanza en Dios y mil contratiempos no defraudan el corazón ni extinguen el sentido de la vida.

⁵ Cf. a.c.col. 304.

no se agota en lo ya experimentado, al recordarlo hoy se ensancha con fiadamente hacia la promesa de Dios que es fiel.

Sentido de la vida, su búsqueda por una parte y el hallazgo por otra; y la vocación con su discernimiento y elección, están estrechamente unidos. La vida del hombre es también un proyecto y una vocación. Es un designio soñado con amor por Dios para cada uno de nosotros, y por parte nuestra es una respuesta que se va ratificando y poco a poco unifica la totalidad de la historia de la persona. La vocación da orientación y sentido a la existencia del hombre. La vocación es un surtidor de energía en la fragilidad. La personalidad que se va labrando a lo largo de la historia queda marcada profundamente por la vocación. La vocación nos saca de la generalidad indefinida para otorgarnos un nombre que no sólo nos designa en la sociedad sino que nos define personalmente. Cuando Pablo exhortaba a sus fieles a que vivieran de una manera consecuente y digna de la vocación cristiana a que habían sido llamados, los invitaba también a afianzar el sentido de la vida en comunión con Jesucristo (cf. Ef. 4, 1-6; 2 Tim. 1,9).

Después de las reflexiones precedentes sobre el sentido de la vida del hombre en general, descendamos a explicitar algunos rasgos sobre mi vida concreta.

2. Dios y el hombre al encuentro

Yo nací el año 1942 en un pueblo de la provincia de Avila, Villanueva del Campillo, que tenía entonces aproximadamente 1.200 habitantes. Actualmente residen de forma estable unos setenta, por donde se puede comprender cómo la migración tiene su anverso y su reverso; a barrios populosos de las ciudades corresponden amplias zonas rurales despobladas. Somos una familia numerosa. Hemos sido ocho hermanos, de los que vivimos seis; desde el principio he experimentado la fraternidad abundante y la gracia de compartir con otros; muy pronto fuimos colaborando con los padres en las tareas de la familia, en el cultivo de la tierra y la ganadería. Mi padre era honrado, trabajador, serio y valiente; mi madre era piadosa, servicial, paciente y compasiva. En los años cuarenta y cincuenta tenía el pueblo, en su escala, una considerable vitalidad interna; hoy, en cambio, se tiene la impresión de que, en todos los órdenes, padece un déficit; le faltan niños y jóvenes, un sacerdote a tiempo completo, comparte el médico con otros pueblos; ya no tiene escuela. Como en todos los lugares, abundan los coches, se han construido numerosas viviendas nuevas o restaurado las antiguas,

pero falta gente, falta vitalidad. Los doscientos niños de entonces llenaban las calles de vivacidad; hoy atraviesan el pueblo y, como suelen decir mis paisanos, «no encuentran un alma». Era un pueblo marcado por el cultivo de la tierra y por la ganadería, en buena medida trashumante durante el invierno a Extremadura. Decía la canción: «Ya se van los pastores a la Extremadura, ya se queda la sierra triste y oscura».

El punto culminante de la agricultura era la recolección siempre muy laboriosa y frecuentemente alegre. Las eras en el verano eran un hervidero; durante el mes de agosto el ejido presenta actualmente una imagen tan inimaginable para los de entonces, como para los de ahora la de cincuenta años atrás. Había algunas familias relativamente ricas, algunas pobres, incluso de solemnidad, y las demás vivían o con un cierto desahogo, o sobrevivían con muchas estrecheces. Había dos escuelas —una de niños y otra de niñas— con una «ratio» de alumnos que multiplicaba por varios enteros a la actual. A la misa del domingo íbamos prácticamente todos. Las fiestas de Navidad y Semana Santa eran celebradas con intensidad religiosa y entrañables manifestaciones populares. Guardo un recuerdo excelente de la escuela, de la catequesis parroquial, del maestro y del sacerdote. Dos acontecimientos sacramentales me impresionaron extraordinariamente: La primera comunión de niño y la ordenación sacerdotal a los 24 años. El contacto con el sacerdote del pueblo despertó en mí el sueño de ser como él; de modo que cuando me preguntaron más tarde si quería ir al seminario, hacía tiempo que por dentro había respondido afirmativamente.

Mis años de Seminario Mayor coinciden prácticamente con los de la preparación del Concilio Vaticano II y los cuatro periodos de su celebración. El Concilio era seguido por nosotros con inmensa esperanza; si hoy la esperanza puede estar probada, entonces era reforzada por la euforia. Las crónicas enviadas desde Roma eran no sólo leídas sino devoradas por nosotros. Cuando J.L. Martín Descalzo nos iba ofreciendo sus volúmenes de *Un periodista en el Concilio*, ultimados en el Hogar Sacerdotal de nuestra diócesis, los leíamos con auténtica pasión. El Concilio dejó en mí una profunda huella; yo he crecido y he echado raíces en la Iglesia en vías de renovación por el Concilio. Aunque la mayor parte de mis profesores de teología se habían formado en decenios anteriores, el empuje de lo nuevo era tan potente que yo no tuve, en realidad, otra formación teológica que la auspiciada por el Concilio; junto a los libros de textos proliferaron los apuntes en folios, con sus pros y sus contras, con su novedad puntual y también con sus prisas. El Seminario de Avila tenía entonces un rector extraordinario, D. Baldomero Jiménez Duque, que vivió en estrecho contacto con sacerdotes de nues-

tras diócesis. La Escuela Sacerdotal de Vitoria, de la que D. Baldomero era partícipe por sensibilidad y convicciones teológicas, fue el ambiente de nuestra formación, enriquecida poco a poco por los aires conciliares. Del Seminario Mayor de Avila conservo un vivo recuerdo cordial y agradecido. Ahora quiero sólo subrayar cómo la Liturgia tanto en su celebración cuidada y hermosa como en su conocimiento teológico grabó en mí una impronta que me ha ayudado a vivir el espíritu de la Liturgia, a celebrarla con dignidad y a comprender el lugar destacado que ocupa en la vida y en la misión de la Iglesia. Nombres como R. Guardini, O. Casel, C. Vagaggini, J.A. Jungmann, I. Oñatibia, A.G. Martimort, etc, nos eran familiares. Cuando yo terminé la tesis doctoral, enviado por D. Baldomero, visité a D. José Zunzunegui, que me recibió como alguien de la familia. Y en la editorial ESET de Vitoria fue publicada en el año 1976; me alegro de que la venta de la edición haya compensado la generosidad con que fui tratado.

En dos ocasiones me han costado un sufrimiento enorme los Ejercicios Espirituales: La primera siendo estudiante de Filosofía en Avila y la segunda siendo ya obispo. Entonces el problema que me afligió fue una profunda crisis de fe y hace años fueron dificultades vocacionales en nuestras diócesis.

La crisis de la fe, padecida en Avila, antes, durante y después de los Ejercicios Espirituales, me dejó a la intemperie, sin tierra debajo de los pies, me sentí perdido, sin capacidad para rezar. La oración de Carlos de Foucauld era también mi oración «Dios mío, si existes, haz que te conozca»⁶. Después de padecer mucho, me guió para comprender el sentido de la crisis y para otear algunas vías de salida el famoso libro del P. Henri de Lubac *El drama del humanismo ateo*, publicado en 1944, pero anticipado parcialmente en los años 1942 y 1943⁷. El cuerpo del libro está formado por tres estudios sobre sendos autores, Augusto Comte, Luis Feuerbach y Federico Nietzsche; según el autor del libro los tres representan más que diversas formas de humanismo ateo, antiteísmos, y más en concreto anticristianismos. Según H. de Lubac, en los tres autores estudiados se muestra una conexión básica: De la negación de Dios se deriva la destrucción de la persona humana. A los tres nombres añade de Lubac un estudio sobre el genial

⁶ J. F. Six, *Vida de Charles de Foucauld*, Madrid 1966, p. 37. El libro de R. Voillaume, que fue fundador de los hermanitos de Jesús, *En el corazón de las masas*, Madrid 1973, 7.ª edición, me ayudó en aquellos años del Seminario de Avila.

⁷ Cf. Id. *Memoria en torno a mis escritos*, Madrid 2000, pp. 56-57.

novelista ruso F. Dostoievski, titulado *Dostoievski profeta*, cuyo testimonio a favor de la fe es impresionante. A mí se me fue imponiendo una convicción fundamental, expresada de diversas formas, a saber, la vida del hombre y el reconocimiento de Dios son inseparables. «Matando a Dios en el hombre, a quien se mata es al mismo hombre», escribió el P. de Lubac en el estudio sobre el novelista ruso⁸; o espigando lo mismo en diversas ocasiones a lo largo del libro: «El hombre puede organizar la tierra sin Dios; pero excluyendo a Dios no puede organizarla más que contra el hombre. El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano». La pasión por el hombre, el respeto de su dignidad, el que nunca sea instrumentalizado, el que sea defendido como persona, son actitudes que se alimentan en el trato con Dios. Dios y el hombre son misterios comunicantes, ya que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Frente a Nietzsche, cuyo anuncio de la «muerte de Dios» no significaba sólo la muerte del Dios de la metafísica sino también la del Dios cristiano; y a cuya negación radical y *no* absoluto que, se fueron haciendo con los años cada vez más violentos y agresivos, opone el P. H. de Lubac la respuesta centrada en el corazón de la fe cristiana: «El cristianismo no tendrá nunca eficacia real, ni existencia real, ni hará conquistas reales más que por la fuerza del espíritu propio de él, *por la fuerza de la caridad*»⁹.

¿Cómo se relaciona actualmente en mis convicciones la fe en Dios y el cuidado del hombre? Por supuesto, los misterios de Dios y del hombre son comunicantes, como he dicho: Ni Dios sin sus hijos e hijas, ni la persona humana sin referencia a Dios. Esta lección me quedó grabada desde la crisis de fe en los años de Filosofía. Dios nos pregunta a todos por nuestros hermanos; Dios es el supremo garante de la dignidad de todo hombre. Sin la luz y la fuerza de Dios revelado en Jesucristo no recibimos la gracia para amar a todos los hombres, a cada hombre, en todas las situaciones, también al enemigo. Y, viceversa, el amor al hombre autentifica la fe en Dios. Desde hace muchos años se ha asentado en mi espíritu la convicción de que la fe en Dios, manifestado y comunicado en Jesucristo, es hondamente humanizadora. Jesucristo, que es el Hijo y la Imagen de Dios invisible, nos remite siempre a los caídos al

⁸ *El drama del humanismo ateo*, Madrid 1990, p. 233.

⁹ Ib. p. 92. Recordar el significado central e inspirador de la caridad en el magisterio de Benedicto XVI. «Amando al prójimo te harás merecedor de ver a Dios; con el amor al prójimo limpias los ojos para ver a Dios como sin lugar a dudas dice Juan: Quien no ama a su hermano a quien ve no puede amar a Dios a quien no ve» (San Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 17, 8).

borde del camino; nos enseña vitalmente y hace posible con su Espíritu el amor a los demás a fondo perdido.

Sin la pretensión de ser exhaustivos, señalo algunas otras perspectivas de esta cuestión básica. No es lo mismo, ni mucho menos, creer en Dios que no creer en El; no es lo mismo, ni mucho menos, esperar la Vida eterna que prescindir de ella en el camino. Fe en Dios y esperanza en la Vida eterna son las grandes coordenadas en que se sitúa la existencia del ser humano. El valor del hombre como persona singular e inviolable está unido al reconocimiento de Dios. No entiendo que un creyente pueda vivir como si Dios no existiera; lo cual no significa renunciar a la adultez humana, ni desistir de nuestras responsabilidades en el mundo ni evadirnos a una zona confortable resguardados de la inclemencia de la historia. Creer en Dios potencia el empeño por los demás porque son sus hijos y hermanos nuestros. Con la fe en Dios cambia todo en nosotros: El sentido de la vida, la luz para caminar, la fuerza para servir, el amor para sufrir, la esperanza para no desfallecer, el cobijo para vivir serenos, la roca para no temblar, la protección poderosa para estar tranquilos.

La fe en Dios, señalemos otra dimensión existencial, otorga una compañía singular. Dios siempre está con nosotros, también en las tribulaciones y los sufrimientos. La oración, que es como la respiración de la fe, comunica con Dios, que rompe la soledad en los niveles más profundos del ser humano. El que cree en Dios nunca está solo; cuando los amigos y los familiares no puedan acompañarnos porque ante la muerte estamos radicalmente solos, entonces Dios es también nuestro compañero, nuestra fuerza y nuestro descanso. Cada persona muere sola, ya que los demás se quedan en la parte de acá, y el moribundo solo cruza el umbral. El cristiano sabe por la fe que en la vida y en la muerte somos del Señor (cf. Rom 13,9). La compañía de Dios es una realidad muy honda y gratificante.

Por la fe en Dios reconocemos que El es el origen, guía y meta del universo. Todas las realidades son sustentadas e iluminadas por Dios, suprema Realidad. Dios está en el corazón y en la calle, en la soledad y en el grupo, en la privacidad y en el mundo. La fe en Dios significa reconocerlo en todas las dimensiones de la existencia. La aconfesionalidad del Estado significa que como tal Estado no tiene ninguna religión para que cada ciudadano pueda tener la que crea conveniente o no tener ninguna; pero la aconfesionalidad no implica reducir la religión en la sociedad a un mínimo común denominador irrelevante, o recluir al silencio o a la privacidad todo hablar de Dios, o encerrar su presencia

en el interior de los templos. Otra cuestión diferente es cómo conviven los creyentes con los no-creyentes, los católicos con los no-católicos, en una sociedad plural y democrática. La solución no es la ausencia de expresiones y de símbolos, sino el respeto de los ciudadanos con sus signos, como personas y como grupos religiosos, con su historia y sus manifestaciones, dentro del bien común. El hombre es por definición un ser «simbólico»; si se le cierran unas vías de expresión, se le impondrán otras.

3. Jesucristo, nuestra esperanza

Cuando fui nombrado obispo, elegí como lema una palabra decisiva en el Nuevo Testamento y en la tradición de la Iglesia, que en mí se había grabado profundamente como clave teológica estudiando durante tres años la resurrección en la cristología de W. Pannenberg y como foco de luz para la vida cristiana y la acción pastoral en el Camino Neocatecumenal, que conocí a final de los años sesenta en Roma¹⁰. La palabra es *Resurrexit*. «¡Jesús ha resucitado!». Confesaron los primeros cristianos entre el estupor, la exultación y el anuncio. San Pablo, escribiendo a la comunidad de Corinto que él había evangelizado, saca las consecuencias de la hipótesis contraria: «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe» (1 Cor 15-14); si Jesús no ha resucitado seríamos falsos testigos de Dios, estaríamos aguardando aún un Salvador y seríamos dignos de compasión pues creeríamos en un crucificado que contra su esperanza habría retenido la muerte para siempre. «¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos y es primicia de los que murieron» (v. 20). La resurrección de Jesús es la piedra de toque, el «articulus stantis aut cadentis Ecclesiae». Si el hecho de la resurrección de Jesús se tornara evanescente o si la experiencia de los cristianos no se fundara en el encuentro con Jesús que pasó realmente de la muerte a la Vida, no se respondería fielmente al kerigma de los apóstoles ni la persona de Jesús mismo sería el origen de la situación nueva de la comunidad postpascual.

¹⁰ Conocí el Camino Neocatecumenal en Roma en el año 1969. Desde el principio me sorprendió la actualización original de la teología paulina. Durante años participé en Salamanca como presbítero; siempre lo seguí como persona, como sacerdote y como teólogo. El año 1988 apareció en Desclée de Brouwer de Bilbao un librito *Las comunidades neocatecumenales. Discernimiento teológico*, del cual aparecieron siete ediciones en castellano, y fue traducido al menos a ocho lenguas. El Camino ha unido el catecumenado de los siglos primeros con la situación actual del hombre y la Iglesia.

De la tradición apostólica, que tiene en la resurrección de Jesús como su corazón, su fundamento y su quicio, he sido constituido por el sacramento del episcopado ministro en comunión con los demás sucesores de los apóstoles, presididos por el Papa, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal. Para custodiar fielmente la tradición recibida por los Apóstoles del Señor, para testificarla con valor y transmitirla autorizadamente recibí la ordenación episcopal en la catedral de Santiago de Compostela el día 29 de mayo de 1988. Allí durante cuatro años ejercí como obispo auxiliar, más tarde tres en Palencia y desde hace catorce en Bilbao, como hermano de todos en la fe cristiana, como obispo para todos y solicitando la colaboración de todos en la vida y la misión de la Iglesia.

La resurrección de Jesucristo de entre los muertos es el Evangelio que hemos recibido, que hemos creído y que anunciamos. El que recusó es el mismo que fue crucificado y el mismo que pasó haciendo el bien, curando a los enfermos, perdonando a los pecadores, defendiendo a los débiles, acogiendo a los excluidos, evangelizando a los pobres, haciendo presente y operante el Reino de Dios, mostrando el rostro compasivo del Padre celestial, congregando a discípulos, llamando a los Doce como semilla del nuevo Israel, desbordando hasta la cruz su entrega al Padre como servicio a la humanidad.

La resurrección fue como el sello de Dios que acredita a Jesús como su Hijo y corrobora la verdad de su Evangelio anunciado con obras y palabras. Estas reflexiones se contienen en mi libro *«Jesús, el Evangelio de Dios»* (Madrid 1985), que fue surgiendo como una necesidad personal y como una obligación teológica para armonizar el comportamiento prepascual de Jesús, respetando los resultados más compartidos de la investigación histórico-crítica y la confesión cristiana de la fe pascual. Dios Padre nos ofrece a Jesús, levantado de la postración de la muerte, como el nombre en que podamos ser salvos. (cf. Act 4,12), recibiendo por su Espíritu, el perdón de los pecados, la libertad, la vida nueva en el amor y la esperanza. (cf. Act 2, 38-41) En Jesús han sido vencidos el pecado y la muerte. «¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la ley. ¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!» (1 Cor 15, 55-57).

Dijimos arriba que el sufrimiento y la muerte, todo lo que tiene forma de cruz según el lenguaje cristiano, cuestiona el sentido de la vida. El mal con mucha frecuencia se convierte incluso en acusación contra el Dios bueno. A pesar de todas las apariencias, Dios Padre estaba con su Hijo Jesús en la cruz (cf. 2 Cor 5,19); «ha padecido la

muerte para bien de todos» (Heb 2,9); y desplegando su poder lo ha resucitado de la muerte por nuestra salvación (cf. Rom 4, 24-25). El Hijo de Dios se ha encarnado, ha vivido como hombre, ha estado con nosotros en la tribulación (cf. Heb 5, 7-19). Es hermano nuestro hasta la debilidad suprema de la muerte. Jesús crucificado y resucitado ilumina el sentido de la vida, aún en medio de las oscuridades del camino y de las tinieblas de la muerte. Jesús ha resucitado para ser Señor de vivos y muertos (cf. Rom 14,9). «Es cierta esta afirmación: Si morimos con Cristo, también viviremos con El» (2 Tim 2,11). La vida del cristiano, en virtud de la fe y el bautismo, está insertada en Jesucristo y su dinamismo pascual. Este dinamismo se cumple de manera específica en el ministerio y existencia de un obispo: Aunque haya muchos trabajos y sufrimientos apostólicos, aunque palpemos las pruebas y los fracasos, la fuerza de Cristo se realiza en la debilidad (cf. 2 Cor 12,9).

El ministerio del obispo, como el del presbítero, tiene como referente básico la relación con Jesucristo, y partiendo de esta relación se comprende su sentido en el interior de la Iglesia. «El sacerdote tiene como relación fundamental la que le une con Jesucristo Cabeza y Pastor. Así participa, de manera específica y auténtica, de la «unción» y de la «misión» de Cristo (cf. Lc 4, 18-19). Pero íntimamente unida a esta relación está la que tiene con la Iglesia. La relación con la Iglesia se inscribe en la única y misma relación del sacerdote con Cristo»¹¹. Forman como un tapiz en la vida del obispo los siguientes hilos: La confianza de haber sido amado y elegido por el Señor, de haber sido consagrado por el Espíritu Santo y enviado, de haber recibido un encargo para cuyo cumplimiento el mismo Señor acompaña todos los días y en todos los caminos de su ministerio. Si al creer y ser bautizados hemos atravesado el umbral de la casa de Dios, que es la Iglesia, el sacramento del episcopado introduce en la fraternidad de los obispos, cuya cabeza es el papa; la ordenación le capacita para administrar fielmente la herencia apostólica y ser ministro de comunión en la fe y el amor en la Iglesia que preside. La presencia de Jesucristo vence los miedos y da serenidad: «No tengas miedo, yo estoy contigo».

4. La Iglesia, nuestra familia de la fe

En los últimos años de preparación para recibir el ministerio sacerdotal, y en muchas ocasiones lo he releído posteriormente, me ayudó

¹¹ *Pastores dabo vobis*, 16.

mucho un libro pequeño del P. Y. Congar traducido en castellano con el título *El servicio y la pobreza de la Iglesia*¹². La comprensión del sacerdocio como servicio caló hondo en mi espíritu durante el tiempo conciliar; además en mi caso el impacto fue acrecentado por la proximidad al movimiento de sacerdotes del Prado, intuido en la Navidad del año 1856 por el P. A. Chevrier en Lyon (Francia)¹³. Jesús, que siendo el Señor se hizo Siervo, que fue el Buen Pastor y Sacerdote de la nueva alianza, el Hijo de Dios y Salvador de los hombres, llama a los ministros elegidos y enviados por El a seguir sus pasos e imitar su ejemplo (cf. 1 Ped 5, 1-4). Las palabras servicio, pobreza, disponibilidad sin reservas, cercanía, «encarnación» apostólica, entrega incondicional de la vida, autodonación designan actitudes y formas de comportamiento que en aquellos años impregnaron el sentido de mi vida primero como presbítero y después de obispo. En aquellos años, las convicciones de la autoridad ministerial como servicio y de la relación entre Dios y hombre redescubierto en la crisis de los años de Filosofía, se condensaron en una frase que me decía a mí mismo muchas veces: «¡Que el Señor cuando muera me encuentre entre los pobres!».

Desde los años de formación en Avila se fueron fraguando en mí varias actitudes básicas, que no sólo eran teóricas sino también vitales. Terminó de subrayar cómo la autoridad otorgada por Jesucristo a sus enviados es diakonía (cf. Jn 13, 12-16); recuerdo también cómo la Iglesia es pueblo de Dios, familia y hogar; y cómo el diálogo, que fue uno

¹² Barcelona 1964. Había aparecido en París el año anterior con el título *Pour une Église servante et pauvre*. En buena medida coincide con los artículos del mismo Y. Congar, publicados en la obra colectiva, dirigida por él y el P. B. D. Dupuy, *El episcopado y la Iglesia universal*, Barcelona 1966, aparecido en París el año 1962. Los artículos son *La jerarquía como servicio según el Nuevo Testamento y los documentos de la Tradición* pp. 68-96; y *Algunas expresiones tradicionales del servicio cristiano*, pp. 97-126. Sostiene el Padre Congar, cuya influencia fue grande en el Concilio Vaticano II y en la redacción de varios documentos conciliares, que la autoridad conferida por la ordenación sacramental es constitutivamente servicio; no sólo debe ser ejercida con actitudes serviciales sino que en sí misma es servicio para la edificación de la Iglesia (cf. 2 Cor 10,8). Deben ser retenidos los dos rasgos que configuran el ministerio del presbítero y del obispo, a saber, la autoridad y el servicio; ni puede abdicar de la autoridad conferida ni debe convertirla en dominio sobre los demás. No es difícil percibir un eco de la página 79 del artículo citado arriba en *Lumen gentium* 24: «Esta función que el Señor confió a los pastores de su pueblo es un verdadero servicio, que en la Sagrada Escritura se llama con toda propiedad «*diakonía*», o sea ministerio (cf. Act 1,17 y 25; 21,19; Rom 11,13; 1 Tim 1,12)» Cf. *Lumen gentium* 18.

¹³ Su obra fundamental *El sacerdote según el Evangelio o el verdadero discípulo de Jesucristo*, Bilbao 2.ª ed. 1963, fue traducida por el sacerdote de nuestra diócesis Jesús San Clemente Idiazabal.

de los argumentos mayores de la primera encíclica de Pablo VI *Ecclesiam suam*, impregnó los documentos conciliares y propició un cambio de postura en la Iglesia. Me ayudaron mucho en los años del Seminario y después como profesor de Eclesiología en la Facultad de Salamanca los escritos de Y. Congar, H. de Lubac, J. Ratzinger, J. Alfaro, K. Rahner, L. Bouyer, H. U. von Balthasar, O. González de Cardedal etc. La Iglesia es mucho más que lo que aparece en los medios de comunicación, aunque es normal que proporcione argumento y a veces debate en la opinión pública. Sin huir a la estratosfera, los cristianos confesamos que la Iglesia forma parte del misterio de la salvación, ya que es el pueblo de Dios, el cuerpo de Jesucristo y el templo del Espíritu Santo. Es sacramento de salvación de los hombres, en que se unen de forma particular la visibilidad de la Iglesia y de sus acciones y la invisibilidad de la gracia de Dios que se comunica a los hombres como perdón, amor, unidad, esperanza. La Iglesia sería como una casa vacía sin la presencia del Espíritu Santo y sin la comunión con Jesucristo. A pesar de muchas limitaciones y fallos, es la Iglesia una familia de los hijos e hijas de Dios.

Me permito transcribir unas líneas del precioso libro *Meditación sobre la Iglesia* del P. H. de Lubac que inicialmente fueron unas charlas a sacerdotes: «No hay otro medio para ser plenamente cristiano» que ser miembro de la Iglesia. «La Iglesia es su patria espiritual. Ella es «su madre y sus hermanos». Nada de cuanto la afecta le deja indiferente o desinteresado. Echa raíces en su suelo, se forma a su imagen, se solidariza con su experiencia. Se siente rico con sus riquezas. Tiene conciencia de que por medio de ella, y sólo por medio de ella, participa de la estabilidad de Dios. Aprende de ella a vivir y a morir. No la juzga, sino que se deja juzgar por ella. Acepta con alegría todos los sacrificios que exige su unidad»¹⁴. Fue editado varias veces el libro por Desclée de Brouwer en Bilbao desde 1960. Es uno de los libros más bellos y sugerentes, más ricos por los datos de la tradición que aporta y edificante por las actitudes que transmite. Un capítulo insustituible de la Eclesiología consiste precisamente en enseñar y comunicar las actitudes para vivir y actuar como cristianos en la Iglesia.

La encíclica *Ecclesiam suam* de Pablo VI, a que he aludido, tiene tres partes en que expone el significado de tres palabras claves sobre la Iglesia al comenzar su ministerio petrino: Conciencia eclesial, renovación y diálogo. Conocer lo que es realmente la Iglesia; ser renovada y reforzada según su forma originaria; adoptar en su interior y con el mundo

¹⁴ *Meditación sobre la Iglesia* Madrid 1988, pp. 192s.

en que vive relaciones en clave de diálogo. «El misterio de la Iglesia no es simple objeto de conocimiento teológico; debe ser un hecho vivido del que, aún antes de su clara noción, el alma fiel puede tener experiencia casi connatural» (n. 32). Por lo que se refiere a las relaciones en clave de diálogo dice entre otras cosas: La Iglesia debe entablar diálogo con el mundo en que vive. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace diálogo» (n. 60). «Como es claro, las relaciones entre la Iglesia y el mundo pueden asumir muchos aspectos y diversos entre sí». Podría reducir al mínimo las relaciones; podría anatematizar los males que hay en la sociedad promoviendo cruzadas contra ellos; podría acercarse a la sociedad para ejercer influjo y dominio teocrático. «Nos parece que la relación de la Iglesia con el mundo, sin excluir otras formas legítimas, puede configurarse mejor como un diálogo» (n. 72). «En el diálogo ejercitado (con claridad, mansedumbre, confianza y prudencia) se realiza la unión de la verdad y de la caridad, de la inteligencia y del amor» (n. 76). «Es necesario hacerse hermanos de los hombres en el momento en que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad; más aún, el servicio» (n. 80). «La solicitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en una atenuación, en una merma de la verdad. Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto al compromiso que tenemos con nuestra fe» (n. 81). Los círculos del diálogo son varios: El más amplio abarca a la humanidad en cuanto tal para tratar sobre lo que es humano; en este marco el diálogo sobre la paz ocupa un puesto eminente. El segundo círculo está formado por los que creen en Dios. El tercero está constituido por los hermanos cristianos separados y «nuestro diálogo se ofrece a los hijos de la casa de Dios, la Iglesia una, santa, católica y apostólica, de la que ésta romana es *madre y cabeza*. ¡Cuánto deseáramos gozar en plenitud de fe, de caridad y de obras, de este diálogo doméstico! ¡Cuán intenso y familiar lo deseamos!» (n. 106).

Poco después de terminado el Concilio, vinieron años de honda fermentación, de generalizada experimentación, de atrevidas contestaciones que sólo podían explicar el incontenible impulso renovador junto al estancamiento y estricto control de mucho tiempo. Los cambios no se quedaron a veces en las formas sino también se formularon hipótesis que tocaban cuestiones de fondo. El nuevo sesgo que a principios de los años setenta emprendió la revista «Concilium», fundada al terminar el Vaticano II con la intención de transmitir sus enseñanzas y de ayudar en su asimilación y profundización, rumbo consistente en ir más allá del Concilio pretendiendo continuar su «espíritu», condujo a lo que el P. Congar llamó «parting of the ways», es decir, a la separación de ca-

minos. En este contexto nació la revista «Communio», cuyo primer número apareció a principios del año 1972 en alemán y en italiano. La edición española comenzó el año 1979, con un número titulado «La identidad cristiana», en la que yo escribí un artículo *Una pregunta necesaria: ¿Quién es un cristiano?*¹⁵

Las experiencias del tiempo transcurrido, muchas positivas y también algunas negativas, nos enseñan a todos a agradecer lo que el diálogo viene significando, sus preciosas aportaciones y los límites de los dialogantes. Entonces, al aparecer la encíclica, el estado de ánimo fue de enorme entusiasmo; quizá hoy el realismo contrastado por la historia nos haya hecho a todos más sobrios. Pero el diálogo, entendido con los matices preciosos de la encíclica, es una actitud profundamente cristiana que se apoya e inspira en la manera de actuar de Dios mismo. «El diálogo de la salvación fue abierto espontáneamente por iniciativa divina: «Dios nos ha amado primero» (1 Jn 4,10). Nos tocará a nosotros tomar la iniciativa para extender a los hombres este mismo diálogo, sin esperar a ser llamados» (n. 66). La misión en clave de diálogo continúa siendo una invitación y una oportunidad. Esta fue la atmósfera del Concilio Vaticano II y de su entorno que yo respiré en Avila y en Roma durante los años de formación.

Los aspectos desarrollados sintetizan a grandes rasgos lo que desde hace años constituye el sentido de mi vida como obispo, que se fue poco a poco consolidando, profundizando y concretando en la existencia diaria.

¹⁵ Pp. 39-52. Del consejo de redacción formábamos parte, entre otros, Javier Elzo, nuestro presidente del Forum Deusto, y un servidor de Uds. Dentro de las preocupaciones del momento eclesial apareció mi libro *Jesús sí, la Iglesia también. Reflexiones sobre la identidad cristiana*. Salamanca 1983, cuyo título está formulado contra un eslogan muy difundido entonces.

